

Richard Van Dülmen

El descubrimiento del individuo, 1500-1800

[Traducción de Jesús Alborés]

Madrid: Siglo XXI, 2016, 174págs.

Los vínculos entre individualización y modernidad han ocupado la atención de la sociología desde sus inicios, estando en el meollo de la reflexión tanto de los clásicos de la primera generación (de Durkheim a Simmel) como de la segunda (Dewey, Elias). Como no podía ser de otra manera, el problema de la autonomía y la identidad del yo o el individualismo institucionalizado de nuestra “modernidad reflexiva” ha cobrado nueva actualidad con las reflexiones más recientes de teóricos como Giddens, Beck, Beck-Gernsheim o Bauman, por citar sólo a algunos de los más representativos. Y no sólo la sociología: también la politología (Macpherson), la antropología (Dumont), o la filosofía (Cassirer, Taylor) han hecho del moderno individualismo, de sus fuentes teóricas y de sus distintas fases, el centro de su reflexión.

Con tales precedentes, pudiera sorprender, por reiterativo, el título de este libro del historiador alemán Richard van Dülmen, de quien siglo XXI ya tradujo en los años 80 *Los inicios de la Europa moderna*, y cuya edición original es de 1997 (anterior, pues, a algunos de los trabajos mencionados). Con todo, el autor advierte que “la investigación del proceso en cuyo transcurso surgió el tema de la conciencia individual y del descubrimiento individual del yo todavía no constituye una de las áreas centrales de la ciencia histórica contemporánea” (p. 9). Y a tratar de cubrir ese hueco dedica este libro que, pese a su relativa brevedad, cubre todo el arco cronológico de la Edad Moderna.

Digamos, de entrada, que el intento de van Dülmen es fructífero. A lo largo de los siete capítulos que componen el libro se nos muestra, desde distintos ángulos, cómo los conceptos de autonomía individual, libertad, o la propia voluntad de

seguir los dictados de la propia conciencia, pese a tener precedentes en la Antigüedad y en el cristianismo medieval, no surgen de manera clara hasta la época del Renacimiento y la Reforma protestante, pero -y esta es una idea fundamental en la que insistirá una y otra vez-, no será hasta la Ilustración cuando aparezca un individualismo plenamente moderno. Otras ideas centrales son el sesgo de género del término “individuo”; es decir, la vinculación desde sus orígenes entre individualismo y hombres (aunque por el libro desfilen mujeres, como Teresa de Ávila), la no limitación de las ideas e iniciativas individualistas al ámbito protestante, y las desigualdades cronológicas y geográficas del proceso (aunque sus análisis se ceñirán a Francia, Alemania e Inglaterra, principalmente). La vinculación de tan crucial fenómeno con los procesos de estatalización y secularización, junto a avances técnicos y científicos (la imprenta, la escuela, la revolución científica) serán factores de relieve en la construcción del moderno individualismo.

Aunque el cristianismo medieval ya se dirigía a la salvación personal, será la Reforma (de manera especial en sus ramas calvinista, baptista y anabaptista) la que, al dejar al individuo solo ante Dios, fortalecerá su toma de conciencia en un proceso que, hay que insistir, también participaba el catolicismo, donde la práctica de la confesión, más firmemente establecida tras el Concilio de Trento, jugará una función similar, al estimular la introspección interior y, en consiguiente, la conciencia de uno mismo. Diversas prácticas culturales del Renacimiento, aunque ligados a élites minoritarias, actuarían en la misma dirección: desde los retratos individuales de Durero hasta las reflexiones literarias de Cardano o Montaigne.

Advierte el autor que “el proceso de observación y conocimiento propios está íntimamente ligado en la historia europea al proceso de control y disciplina, por contradictorio que eso pudiera parecer a primera vista.” (p.43), afirmación que no es, desde luego, tan reveladora si tenemos en cuenta que Elias (quien por cierto no es citado en el cuerpo del texto en ningún momento, aunque sí aparece alguna vez por las notas) ya demostró lo mismo hace tiempo. Más novedoso es ver cómo el autor trata otros factores que escaparon al sociólogo, como los mecanismos de encuadre que supusieron las Iglesias, o ese gran dispositivo disciplinante que fue la escuela, aunque la importancia de la misma sólo es verdaderamente relevante para el autor en el siglo XVIII -afirmación que sería discutible si tenemos en cuenta que la educación, que excede en mucho a la escuela, fue un factor de primer orden para las élites nobles y burguesas desde el Renacimiento, como mostró en su momento Julia Varela (1984).

Incluso la Inquisición y los interrogatorios judiciales jugarían su papel introspectivo, como muestra el autor con sagacidad. Con la tupidificación de la disciplina estatal y de los doseles impuestos por la religión se desarrolla una disciplina cuyas consecuencias serían paradójicas:

“la disciplina no era un instrumento directo de individualización; por el contrario, reprimía toda acción e inclinación orientada individualmente. Pero, en la medida que esa disciplina obligaba al hombre a ocuparse de sí mismo, a analizar las propias acciones y a aceptar la responsabilidad de sus delitos bajo la presión y dirección del confesor, del juez y del profesor, reforzó también la mala conciencia, el autocontrol, la sensibilidad para distinguir entre el bien y el mal y, no en último término, la conciencia de la propia individualidad”.

En definitiva, el despliegue de disciplina crea los requisitos para una nueva autonomía, pues “lo que en un principio se evitaba porque estaba prohibido se terminó evitando más o menos por propia voluntad” (pp. 65-66). Afirmación que, por otra parte, es familiar para cualquier lector de Elias o de Foucault.

El libro revisa también el papel de las diversas ciencias del hombre desplegadas a partir del Renacimiento, que a su vez influirían en la formación de la imagen del mismo. Con el requisito de la secularización, que permite prescindir de prejuicios a la hora de enfrentarse a la observación del mundo, los filósofos de la primera Modernidad van prefigurando, en sus observaciones acerca de la naturaleza humana, los primeros pasos hacia una antropología que tendremos ya definida en el siglo XVIII. El descubrimiento de la individualidad del cuerpo dará origen a la fisonómica, mientras el descubrimiento del alma llevará, con su búsqueda del hombre interior, a la psicología. Apuntaré que, como precedente de la misma, aquí se echa en falta alguna referencia a Luis Vives (quien no aparece citado en todo el texto), pero sobre todo resulta un tanto sorprendente la optimista conclusión de que “la psicología moderna se concebía como una ciencia al servicio de la humanidad y del propio conocimiento y se convirtió en una auténtica ciencia del individuo moderno” (p. 85), afirmación que puede ser cierta, pero algo simplista, si tenemos en cuenta el papel jugado por la psicología en la legitimación de nuevas desigualdades y en la dominación de determinados colectivos, que fue puesta de relieve por Álvarez-Uría y Varela (1994). Algo similar ocurre con la antropología, que se pone al servicio de “la civilización” y responde al creciente interés por la diversidad humana (“salvajes” incluidos), pero parece no haber tenido nada que ver con el colonialismo.

Especialmente ameno resulta el capítulo dedicado a la autobiografía, la correspondencia y el diario íntimo, que tuvieron distintos desarrollos (especialmente importante es este último en Inglaterra), pero que juegan un papel fundamental en la búsqueda de un sentido propio para la propia vida, y que dejan ver, especialmente en el siglo XVIII, un claro carácter burgués y una determinada voluntad de ascenso social. Además, se nos narra cómo evolucionaron estas manifestaciones durante los tres siglos analizados: por ejemplo, los diarios empezaron siendo más cosa de sacerdotes y funcionarios; las memorias se libran de referencias religiosas ya con Rousseau o Goethe; y la correspondencia va perdiendo su carácter funcional (profesional) o de artificio literario, y se va haciendo más privada, más sentimental, conforme avanzamos en el tiempo. Seguramente aquí van Dülmen podría haber sacado algo más de afirmaciones como la extraída del diario de James Boswell, de quien leemos que “el saber que he de registrar mis actividades contribuirá a que cuide más mi comportamiento” (p. 114). No se trata pues simplemente del descubrimiento de un yo preexistente y oculto, sino de construcción de un yo a través de un creciente autocontrol.

Los ámbitos temáticos en los que se aprecia cómo, a lo largo del tiempo, se van conformando esos cambios que, comenzando por élites mayoritariamente burguesas, acabarán afectando a todos los grupos sociales, serían: el paso de la idea predominante del bien común a la del interés propio; la concepción del matrimonio como espacio autónomo, con su consiguiente secuela en la aparición de la familia nuclear burguesa; y la individualización de los estilos de vida, que incluirían desde la relación con los libros y la escritura hasta la vivienda y el vestido, pasando por la autonomía respecto a la Iglesia y la individualización del sentimiento religioso.

Deliciosas páginas sobre la novela diociesca encontraremos en el último capítulo: autores como Defoe, Richardson o Goethe muestran cómo la voluntad de afirmación moral individual y secularizada, de disponer de una vida cotidiana propia, están ya a esas alturas plena y modernamente consolidados, sin las ataduras a la tradición de los precedentes renacentistas y barrocos. Pero especialmente interesante desde el punto de vista teórico (aunque el autor se muestra siempre remiso a generalizaciones) resulta el último capítulo, donde se recapita sobre el fundamental papel que jugó la Ilustración en la consolidación de este proceso. Porque, evidentemente, no estamos hablando solo de una etapa que asistió a una transformación en las estructuras de la personalidad: las consecuencias políticas del descubrimiento del individuo suponen, en primer lugar, la capacidad de poner límites al poder estatal y eclesiástico, lo que acabará

plasmándose en las revoluciones de 1776 y 1789, con sus consiguientes declaraciones de derechos del hombre. Con acierto observa el autor cómo en los países en los que la burguesía ha superado social y económicamente a los poderes tradicionales, como Francia, el discurso sobre el individualismo tuvo consecuencias políticas directas, mientras que en otros, como Alemania, donde no hubo revolución política, el efecto se vio más en la creciente secularización y en las medidas reformistas del absolutismo ilustrado, aunque la burguesía tuvo que mantenerse en un terreno más intelectual. En Inglaterra, donde el parlamentarismo había unificado más los estilos de vida de burguesía y nobleza, será donde con mayor energía se afiancen las fuerzas del individualismo. No deja de sorprender, por tanto, que finalice el libro afirmando, por un lado, que “las generalizaciones están fuera de lugar” (p.162), y por otro concluya que el individualismo “desplegó su mayor eficacia allí donde la estructura doméstica tradicional se disolvió más rápidamente en favor de una nueva concepción de la familia, donde la burguesía surgió como fuerza sociopolítica y donde se constituyó un estructura estatal que propugnó el proceso de separación entre lo público y lo privado” (p.164).

Llegados a este punto, hay que decir que el libro presenta algunos puntos débiles. En primer lugar, y pese a su insistencia en la multilinealidad de un proceso variado y complejo, en realidad presenta una historia demasiado limpia del “descubrimiento” del individuo, sin caras ocultas: a partir de los precedentes del cristianismo antiguo y medieval, el humanismo renacentista descubre al individuo, descubrimiento que, reforzado por las reformas religiosas, inicia una andadura que sólo encontrará trabas en las estructuras feudales, y que culminará felizmente en la Ilustración, con el triunfo de la razón vinculada a la libertad individual. Se nos insiste en que, pese a la participación de nobles, de elementos aislados del clero e incluso del pueblo llano, el triunfo fue burgués, lo que sin duda es cierto. Pero parece que tal victoria se produjo sin violencias, sin cercamientos, sin nuevos pobres o sin resistencias populares que tenían su propia lógica y su propia racionalidad, más allá del feudalismo, como las magistralmente analizadas por Polanyi o Thompson, por poner un par de ejemplos ilustres. Y es que el capitalismo parece no tener nada que ver con la historia que se analiza en el libro. El análisis que realiza sobre *Robinson Crusoe* resulta muy elocuente al respecto: en el protagonista de la novela sólo se ve una inapelable racionalidad vinculada a su individualismo y a su egocentrismo, cuando, como se ha mostrado en otros análisis, bien podría percibirse también como un personaje violento y amoral, estrechamente vinculado a la historia de ese “capitalismo canalla” cuya emergencia vino ligada también a la historia que aquí comentamos (Rendueles,

2015). Es una constante en el libro: lo mismo sucede cuando trata la emergencia de la psicología, como ya he insinuado anteriormente, como si esta siguiese un despliegue natural de la razón, sin estar asentada, además de en el proceso secularizador y de la revolución científica, en el gran encierro de los locos en el hospital y de las mujeres en el hogar. En definitiva, a veces parece que el autor se cree a pies juntillas el título del libro. Pero, evidentemente, cabe preguntarse si en realidad se trató de un “descubrimiento” o fue una “invención”.

También plantea el libro un importante problema desde el punto de vista del género: afirma una y otra vez que, hasta el XVIII, y ni siquiera entonces fue en situación de igualdad, el descubrimiento del individuo fue cosa de hombres. Quizá fuese mucho más acertado afirmar que no se trata de que las mujeres no participasen en el proceso, sino que lo hicieron de forma subordinada. Porque no se trata tan sólo de constatar la emergencia de la nueva familia burguesa, sino de ver en qué contexto de cambiantes equilibrios de poder entre los sexos se produce la creación del nuevo modelo. En realidad, la creación de una subjetividad femenina también se inició claramente en el Renacimiento, a través de una pléyade de escritores, entre los que destacaríamos a Erasmo y Vives, dedicados a definir los nuevos modelos de correcta feminidad acordes a los grupos sociales emergentes, y en las representaciones y prácticas que los distintos agentes construyeron en relación con estos textos (Varela, 1997; Morant, 2002).

Por otra parte, hay que decir que el libro presenta ausencias clamorosas. Algunas, de mera erudición, no afectan al contenido, pero aún así parece que no hubiera estado más citar a Delumeau al hablar de la confesión, o apoyarse más explícitamente en Chartier al hablar de la lectura (sólo aparece en una nota), por citar dos ejemplos significativos. Sorprenden aún más otros silencios: de Elias, desde luego, se ha sacado poco partido, pero la ausencia más clamorosa del libro es sin lugar a dudas Weber, que no aparece citado ni una sola vez, lo que parece inaudito, tratándose de un libro escrito por un historiador procedente de una país cuya historiografía se ha visto obligada a tratar con la sociología weberiana de manera más estrecha que en cualquier otra parte del mundo, como atestiguan por ejemplo las potentes obras de autores tan distintos como Kocka o Koselleck. Y además esta sí afecta al contenido: aceptemos que se hable de las iglesias reformadas como fuerzas impulsora del moderno individualismo sin citar al autor de *La ética protestante*, pero cuando, para intentar dejar claro que los caminos no han sido unilineales, afirma que “nada estaba más lejos del puritanismo que propagar la ‘liberación’ del individuo” (p.162), da la impresión de que conceptos de raigambre weberiana como “consecuencias no queridas de la acción”, le hubieran sido de utilidad, no sólo aquí, sino al escribir el conjunto del libro (por

ejemplo, al plantear la aparente paradoja que se da entre las crecientes formas de coacción estatal y el desarrollo de marcos vitales susceptibles de desarrollar la propia individualidad). En definitiva, el autor no ha tenido en cuenta las nuevas formas de dominación que hay detrás de la autodisciplina, problema que Elias dejó, pese a sus lógicas limitaciones, muy bien enfocado.

Finalmente, no podemos más que expresar una cierta perplejidad ante algunas afirmaciones, como cuando, en la p.140, leemos que “ningún teórico del siglo XVII estaba ya convencido de la creación directa del Estado por Dios” y que tanto defensores como detractores del absolutismo defendían “una teoría contractual según la cual el Estado es una creación y el instrumento del individuo”. Bien cierto es que al comienzo del libro ha advertido que determinados territorios europeos quedaban fuera de su ángulo de mira, entre ellos España, pero no podemos olvidar que el origen divino del poder real es algo firmemente asentado en el pensamiento político español del Barroco, como demostrase por ejemplo Maravall (1997) hace ya años. Pero, peor aún, el autor parece olvidar, fuera de España, a teóricos de la talla de Bossuet.

En fin, pese a las reticencias que el libro pudiere suscitar, su lectura es muy recomendable: sugerente, de amena lectura, bien traducido, con jugosas informaciones y análisis de relieve para cualquiera que se interese por la historia y la sociología. Un buen estimulante, sin duda, para ampliar y poner a prueba lagunas y carencias del magno proyecto emprendido por Norbert Elias, aunque el autor no se reconozca dentro de este legado.

REFERENCIAS CITADAS

- ÁLVAREZ-URÍA, F.; VARELA, J. (1994): *Las redes de la Psicología. Análisis sociológico de los códigos médico-psicológicos*. Madrid: Libertarias / Prodhufi.
- MARAVALL, J.A. (1997): *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*. Madrid. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- MORANT, I. (2002): *Discursos de la vida buena. Matrimonio, mujer y sexualidad en la literatura humanista*. Madrid: Cátedra.
- RENDUELES, C. (2015): *Capitalismo canalla. Una historia personal del capitalismo a través de la literatura*. Barcelona: Seix Barral.
- VARELA, J. (1984): *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*, Madrid: La Piqueta.

VARELA, J. (1997): *Nacimiento de la mujer burguesa*. El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Madrid: La Piqueta.

Pedro García Pilán
Universitat de València
pedro.garcia@uv.es